

1867. gados le contestaron, segun asienta el ex-
 Marzo. presado subteniente Hans en sus *Memorias*,
 «que eran del Valle de Méjico; que les habian cogido de
leva un mes antes y habian permanecido en la brigada de
 D. Florentino Mercado, vigilados por sus oficiales para
 que no desertaran, habiéndoles amenazado con que sería
 fusilado el que lo hiciera.» En seguida le preguntaron «si
 no podían justificarse ante el *señor emperador*, y gracias
 á él no ser pasados por las armas.» El subteniente Hans
 les tranquilizó diciéndoles que nada temiesen, pues que
 sus vidas serían respetadas.

Los heridos que las columnas asaltantes habian dejado
 á corta distancia de las trincheras al retirarse, fueron re-
 cogidos por los imperialistas y llevados al hospital, donde
 eran asistidos de la misma manera que los de los sitiados.
 El emperador, que no dejaba ni un sólo día de visitar aquel
 asilo del dolor, ponía especial empeño en que los des-
 graciados que allí estaban, fuesen tratados con el senti-
 miento de caridad con que debe ser tratado el hombre que
 padece.

Maximiliano les manifestó á los jefes imperialistas que
 más se habian distinguido en aquella jornada, lo satis-
 fecho que estaba de su comportamiento, y sintió no haber
 conocido antes la lealtad que le consagraba el partido
 conservador, del cual se separó poco despues de su lle-
 gada al país, por seguir la política del gobierno de Na-
 poleon, representada por el mariscal Bazaine. Entonces
 comprendió que los mejicanos que le habian llamado al
 trono, habrían sido la base más sólida de él; y que al se-
 pararles de todo importante puesto, y al no organizar un

respetable ejército nacional, temiendo que se opusiera á
 las disposiciones dictadas con respecto á los asuntos de la
 Iglesia, no habia hecho más que aumentar el poder del
 partido republicano, y dejar expuesta su corona á los
 azares de la política del veleidoso monarca de la Francia.

El emperador Maximiliano, pocas horas despues de
 haber terminado el combate dió el mando de toda la línea,
 1867. que fué cubierta con la segunda division, al
 Marzo. general D. Ramon Mendez que habia tenido
 á su cargo la brigada de reserva, y éste la puso bajo las
 órdenes del coronel D. Miguel Lopez.

En la mañana del siguiente día 25 el emperador, ani-
 mado de los más generosos sentimientos, fué á visitar á
 los oficiales republicanos prisioneros, apreciando junta-
 mente el valor que habian demostrado en el combate. Se
 les habia colocado á los expresados prisioneros en una es-
 paciosa sala, y entre ellos habia jóvenes verdaderamente
 apreciables por su denuedo y educacion. La llegada del
 emperador al sitio en que se hallaban les sorprendió en
 extremo, y todos fijaron en él los ojos con esa mezcla de
 respeto y aprecio que inspiraba el aire de benevolencia
 que estaba siempre fijo en el semblante del jóven empe-
 rador. El silencio más profundo reinó al presentarse.
 Maximiliano, despues de saludarles con una inclinacion
 de cabeza, les dijo con agradable acento: «No olvidaré,
 señores, que han sido ustedes hechos prisioneros comba-
 tiendo. Por consiguiente, si necesitan alguna cosa, pí-
 danmela ustedes, que en mí encontrarán un amigo.
 Tengan ustedes esperanzas; yo les volveré muy pronto al
 seno de sus familias.»

Los valientes oficiales prisioneros recogieron estas palabras con grata y profunda emocion. Aquel lenguaje y sentimientos eran dignos de un monarca. Maximiliano mandó en seguida que se les diese los efectos y el dinero que necesitaban, y recomendó al oficial de gendarmería, comandante de la prision militar, que hiciese todos los gastos que fuera preciso para mejorar la suerte de aquellos valientes. ¡Qué bellos y cuán dignos de imitarse son esos rasgos de consideracion y de humanidad en las funestas guerras civiles, en que cada partido cree defender los principios más convenientes para la prosperidad de su querida patria!

1867. Todo ese día 25 se pasó sin que los sitiados
Marzo. res emprendiesen ningun ataque á la plaza; pero en cuanto las sombras de la noche empezaron á velar la tierra, rompieron un vivo fuego de cañon desde la posicion de San Gregorio, siguiendo poco despues, nutridas descargas de fusilería de algunas fuerzas de infantería que trataron de sorprender la línea Norte y Poniente. El emperador se dirigió inmediatamente al sitio amenazado, causando su presencia notable entusiasmo en los soldados. Como el intento de los republicanos no había sido otro que ver si sorprendían el punto, se retiraron al encontrarlo muy vigilado, sin haber tenido más que unos cuantos heridos. Los imperialistas tuvieron la pérdida de un artillero, y herido por un casco de granada al general D. Silverio Ramirez que no pudo seguir ya en el servicio.

El emperador Maximiliano, que encontraba valor y lealtad en los jefes y soldados que formaban su corto ejército, sentía hácia ellos un agradecimiento profundo, y procu-

raba demostrarlo en todos sus actos. Diariamente visitaba los hospitales, dirigiendo á los heridos palabras cariñosas; recorría los diversos puntos de la línea infundiendo con su serenidad extraordinario aliento en sus defensores, y participaba de los peligros y de las fatigas como el último soldado. Esta admirable conducta le conquistó el aprecio del ejército entero, y él se consideraba dichoso en verse rodeado de gente leal y valiente. El elevado concepto que del valor de los mejicanos llegó á formarse desde que se hallaba al frente de las tropas imperialistas en Querétaro, está demostado en un trozo de una carta dirigida poco despues del combate del día 24 al prefecto de Miramar, que Maximiliano le dictó al doctor Basch, y que éste ha publicado en su obra *Los últimos diez meses del imperio de Méjico*. «Todos mis amigos de marina» dice el referido trozo de la carta el emperador, «se maravillarán al verme convertido en jefe de un verdadero ejército.

»Por el momento hay que abandonar el cuidado de la administracion y soy un general en servicio activo con botas de montar, espuelas y sombrero de alas anchas; de todos los enseres de almirante sólo conservo el antejo que no me abandona jamás. Cumplo con verdadera pasion mi nuevo cargo y encuentro grande atractivo en hacer la

1867. guerra, particularmente con tropas valerosas,
Marzo. llenas de entusiasmo, como son estos jóvenes soldados. Del mismo modo que cuando servía en la marina hacía frecuentes visitas de inspeccion tanto de día como de noche, presentándome sin previo aviso en los buques de la armada, visito ahora sin cesar los campamentos y sorprendo muchas noches con mi presencia, á

los destacamentos que defienden las líneas avanzadas. El enemigo me conoce ya hasta el punto de saludar mis visitas á los puestos de tropas, con una nube de balas y granadas que dispara sobre mí y sobre mi escolta, como si se entretuviera en tirar al blanco. Durante el combate del veinticuatro reventó una granada á tres pasos del sitio en que me encontraba, teniendo la suerte de que no matara á nadie, aunque hiriera la cara á tres soldados. Le enviaré á V. un pedazo de esta granada para nuestro pequeño museo de Miramar. En esta guerra sólo tengo á mi lado mejicanos, y no por casualidad, sinó por cálculo. Actualmente no hay en Querétaro más europeos que el doctor Basch, mi médico, y Groll, única persona de mi servicio que me acompaña. Tampoco entre mis tropas hay extranjeros, mientras en las de mi adversario Juárez se cuentan muchos anglo-americanos, de los que hemos hecho prisioneros algunos soldados y oficiales.»

Respecto de que no había ningun extranjero al servicio imperial, sufría un olvido Maximiliano, pues, aunque pocos, había algunos jefes y oficiales, como el coronel príncipe de Salm Salm y el subteniente de artillería D. Alberto Hans.

Como en el combate habían consumido los sitiadores un número considerable de municiones, el general en jefe republicano D. Mariano Escobedo envió inmediatamente correos extraordinarios á los gobernadores de Jalisco, Gua-

1867. najuato, Aguascalientes y Zacatecas pidiendo
Marzo. los efectos de guerra necesarios, y ordenó al coronel de artillería Balbontin que marchase á San Luis Potosí para que reuniese y fabricara todas las municiones

que pudiera. Al mismo tiempo que dió las anteriores órdenes, dirigió por extraordinario comunicaciones á los generales D. Porfirio Diaz, que se hallaba frente á Puebla, á Seyva que con su fuerza se hallaba situado en la hacienda de Buena-Vista, en el camino de Puebla á Méjico, á Cuellar y al coronel Salanne que militaban en el primer distrito del Estado de Méjico, haciéndoles saber la salida del general D. Leonardo Marquez de Querétaro á la capital, y el deseo de impedir su regreso á la ciudad sitiada con refuerzos para los sitiados. Con este objeto ordenó al expresado coronel Lalanne, que marchase con direccion á Querétaro y se situase con sus tropas en San Juan del Río, para impedir la vuelta de Marquez con auxilios de la capital, si este era el intento con que había sido enviado por Maximiliano.

El día 16 tuvo aviso el general republicano D. Ramon Corona de que el jefe imperialista Olvera que se había retirado á la Sierra, se hallaba por el rumbo de Cadereita, en el mismo Estado de Querétaro, y que se acercaba al cerro de Carretas para molestar de nuevo la retaguardia de los sitiadores. Inmediatamente dispuso el general en jefe D. Mariano Escobedo que el general Carbajal marchase en su persecucion con la caballería de su mando, facultándole para que llamase á que le ayudasen en su persecucion, á todas las fuerzas republicanas que encontrase en su tránsito hasta San Juan del Río. Carbajal salió sin perdida de momento á cumplir con las órdenes recibidas, y el día 29 comunicó desde Calamanda, que Olvera había vuelto á retirarse á la Sierra con su corta fuerza.

No obstante las comunicaciones enviadas á D. Porfirio

1867. Diaz y otros generales dándoles aviso de la
 Marzo. marcha de D. Leonardo Marquez de Querétaro á la capital, el general en jefe del ejército sitiador temía su vuelta con suficientes refuerzos, y, en consecuencia, dirigió nuevas comunicaciones á los mismos, para que á todo trance impidiesen que marchase en auxilio de los sitiados. No satisfecho con esto, y comprendiendo la importancia que para las armas republicanas tenía el evitar que la plaza fuese socorrida, hizo que el día 29 saliese hácia Méjico una division de caballería de cuatro mil hombres á las órdenes del general D. Amado Antonio Guadarrama, que, unida á las fuerzas del coronel Lallane, Cuellar y otros jefes, se opusieron al paso de los imperialistas que saliesen de la capital.

Mientras el general en jefe del ejército sitiador daba las órdenes que juzgaba convenientes para impedir que la ciudad de Querétaro fuese auxiliada por D. Leonardo Marquez, este meditaba la manera de realizar el deseo del emperador, como mejores resultados pudiera producir á la causa del imperio. Haciendo una marcha rápida y penosa, atravesando la Sierra, llegó á la capital de Méjico el 27, esto es, á los cuatro días de haber salido de Querétaro. Acto continuo procedió á que se formase el ministerio conforme á las instrucciones que llevaba del soberano. El importante y difícil ramo de hacienda quedó á cargo de D. Santiago Vidaurri que á la vez era presidente del Consejo de ministros; el de negocios extranjeros, á Don Tomás Murphy; el de gobernacion y fomento á D. José María Iribarren, y el de justicia y negocios eclesiásticos que tenía á su cargo D. Manuel García de Aguirre, que

estaba en Querétaro al lado del emperador, quedó encargado de desempeñarlo en Méjico el subsecretario D. Pedro Sanchez Castro. En el ministerio de la guerra quedó, como hasta allí, el general D. Nicolás de la Portilla, hombre honrado y atento, muy bien relacionado en la buena sociedad. D. Carlos Sanchez Navarro continuó siendo ministro de la Casa Imperial.

1867. El emperador, apreciando la honradez y las
 Marzo. luces de los individuos que habían formado el anterior ministerio, aunque no les juzgaba bastante enérgicos, les dirigió atentas cartas, haciéndoles saber que había nombrado nuevos ministros, para utilizar sus servicios en otros cargos importantes. La que dirigió al ilustrado jurisconsulto D. Teodosio Lares, fechada en Querétaro el 19, decía así:

«Mi querido D. Teodosio Lares:

»Estando satisfecho de los servicios prestados por V. en el Ministerio de Justicia, cuyo cargo ha desempeñado tan dignamente, así como el de presidente del Ministerio, que ha merecido Mi especial aceptación, Doy á V. las gracias por ellos, y tengo el gusto de enviarle, como un testimonio de Mi agrado, la Cruz de Gran Oficial del Aguila Mexicana.

»Como por decreto de hoy he tenido á bien disponer la formacion de un nuevo Ministerio, Deseo vuelva V. al puesto que con tanto acierto ocupaba como presidente del Supremo Tribunal de Justicia, continuando en él para prestar al país sus tan distinguidos servicios y esperando utilizar siempre sus conocimientos y loable cooperacion.

»Reciba V. las seguridades de la benevolencia de su afectísimo.—*Maximiliano.*»

La escrita al instruido abogado D. Teófilo Marin estaba concebida en estos términos:

«Mi querido D. Teófilo Marin:

»Por decreto de hoy y atendiendo á la actual situacion de nuestro país, He tenido á bien formar un nuevo Ministerio.

Doy á V. las gracias por sus buenos y leales servicios prestados en la direccion del Ministerio de Gobernacion, que ha tenido á su cargo, y tengo el gusto, como señal de Mi satisfaccion, de remitirle la Cruz de Comendador del Aguila Mejicana, esperando que volviendo V. al puesto que tan dignamente ocupaba como presidente del Tribunal Superior del Valle de Méjico, seguirá prestando en él al país sus buenos é inteligentes servicios; contando tambien en el porvenir con sus esclarecidos y patrióticos consejos.

»Reciba V. las seguridades de la benevolencia de su afectísimo.—*Maximiliano.*»

Los generales Tubera y D. Tomás H'Oran quedaron como hasta allí; el primero mandando las armas en su carácter de general en jefe, y el segundo encargado de la prefectura política.

El estado en que el general D. Leonardo Marquez encontró la cosa pública á su llegada á la capital, era aún ménos favorable del que se había imaginado al salir de Querétaro. La ciudad de Puebla se hallaba sitiada por las tropas republicanas al mando de D. Porfirio Diaz desde el

1867. 6 de marzo, esto es, hacía veinte días. La
Marzo. guarnicion imperialista que defendía la plaza, sólo ascendía á dos mil quinientos hombres, compuesta de las fuerzas rurales de Atlixco, Matamoros, San Andrés Chalchicomula, Tepeaca y otros puntos de menor importancia que el general D. Manuel Boriga, á cuyo cargo estaba la defensa de la ciudad, había logrado reunir en ella, incluso el 16.º batallon de línea, que puede decirse lo había formado la víspera con gente que había cogido de *leva*, apremiado por las circunstancias. Desde el momento que el expresado general D. Manuel Noriega tuvo noticia de que fuerzas considerables republicanas se dirigían hácia la ciudad que estaba bajo su custodia, puso en conocimiento del ministro de la guerra el peligro de que estaba amenazada la corta guarnicion de Puebla, los escasos recursos con que contaba, y la necesidad que había de que se le enviasen refuerzos oportunamente, si se quería que la ciudad no cayese en poder de las tropas liberales. Parte de estas, á las órdenes del general D. Ignacio Alatorre habían llegado por Huamanta, y por el rumbo de Acatlan llegaron las que formaban la division del general D. Porfirio Diaz. Establecido el sitio sin haber logrado D. Manuel Noriega que se le enviasen los auxilios que pedía, la situacion de la corta guarnicion imperialista, se hizo sumamente crítica. Viendo que nada recibía, porque tampoco la capital contaba con tropas suficientes para desprenderse de ellas sin riesgo de verse atacada, el general D. Manuel Noriega, no tuvo más recurso que dictar las disposiciones que juzgó más eficaces para continuar la resistencia hasta morir, si el gobierno